



# DESCONOCIDOS

DAVID LOZANO



edebé

**periscopio**

# **DESCONOCIDOS**

**PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL**



DAVID LOZANO

# DESCONOCIDOS

PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL



**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Paula Jarrin, Sra. Rosa Navarro Durán, Sr. Robert Saladrigas y Sra. Care Santos.

© David Lozano, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia

*Diseño de colección:* Book & Look

*Fotografía de cubierta:* Shutterstock

*Fotografía del autor:* Fernando Sánchez

1.ª edición, marzo 2018

ISBN: 978-84-683-3459-2

Depósito legal: B. 2611-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mi padre, gran piloto que ya ha emprendido  
su último vuelo.*



*«En mitad de la plaza hay alguien que se vuelve  
y levanta los ojos  
para buscar la luz en mi ventana,  
el faro de la noche y sus fantasmas».*

*El lector, Luis García Montero*





*McDonald's de Sants, estación de tren  
de Barcelona. 30 de junio, 20:20 h*

«Extraños», piensa Lara mientras repasa su reflejo en la pantalla del móvil. «Somos dos extraños».

Dos desconocidos que, sin embargo, han decidido encontrarse esa noche en un escenario tan poco sugerente como el McDonald's de la estación de Sants.

Tierra de nadie, porque nadie se queda en las estaciones. Son cruces de caminos, tal como le ha explicado Wilde horas antes al proponerle ese punto de encuentro. «Espacios que se vacían de madrugada», ha terminado él, antes de enviarle un último mensaje en forma de puntos suspensivos.

Una invitación así no se puede rechazar.

Lara se siente cada vez más atrapada por el magnetismo del chico, por su misterio. «Es listo, sabe que yo no habría aceptado quedar en un sitio menos público sin conocerlo».

Ella tiene que admitir, además, que no todo el mundo es capaz de vender como algo romántico una cita en un McDonald's, aunque sea uno con el toque de presunta cafetería que tiene ese. Sí, Wilde es listo.

Lara se pregunta, por otra parte, qué posibilidades reales hay de que un chico tan interesante, tan culto, tan ocurrente... esté bueno y no sea gay.

—Las suficientes como para estar dispuesta a comprobarlo.

Acaba de hablar en voz alta. Sola. Afortunadamente, nadie parece haberse dado cuenta a su alrededor.

El problema de lugares como aquel, se queja Lara en silencio, es que vuelven invisibles a las personas. Y más en una estación, claro. Allí todo el mundo está más pendiente de sus maletas que de la gente. Aun así, Lara se siente observada; su mirada se cruza con la de otros jóvenes, aunque nadie hace ademán de reconocerla. ¿Será Wilde alguno de ellos? Entre tantos desconocidos de diferentes razas, edades y aspectos es imposible llamar la atención, y ahora ella se ve incapaz de distinguir algún perfil que encaje con la idea que se ha ido forjando, después de tantas horas de mensajes y chats, sobre su compañero virtual.

¿Y si él ya está allí, espíandola? Gracias a su anonimato podría encontrarse a su lado y Lara ni se daría cuenta. Wilde juega con ventaja en esa cita a ciegas; sabe cómo es ella, ha tenido la oportunidad de ver sus fotos en Twitter. Está en condiciones de identificarla. En cambio, el perfil de Wilde en la red lo único que muestra es un paisaje de montaña y nunca ha publicado fotos suyas. Por eso Lara solo cuenta con el recuerdo de las largas conversaciones que han mantenido cada madrugada para imaginar su figura, su rostro, sus manos. Quizá no sea un material demasiado fiable para diseñar chicos.

Definitivamente, no lo es.

Los nervios la devoran. Se remueve en el asiento y consulta la hora que indica su móvil: faltan cinco minutos para las ocho y media, momento acordado para el encuentro.

Las ocho y media del viernes treinta de junio.

Solo Berta, su mejor amiga y cómplice de tantas aventuras, está al corriente de esa cita que sus padres jamás habrían autorizado. De hecho, han pactado que Lara tiene que hacerle una llamada perdida a las nueve para confirmar que todo va bien.

Los minutos siguen transcurriendo. Queda muy poco. En ese momento a Lara le asalta la Gran Duda: ¿debería irse antes de que sea demasiado tarde? ¿Ha sido una buena idea dar ese paso, después de dos meses limitándose a hablar con él a través de la red? ¿No tendría que haber exigido alguna garantía más antes de aquel avance?

Su mente, propensa al drama, concibe terribles avatares de Wilde: un viejo pederasta que estira sus dedos artríticos hacia ella mientras se relame; un psicópata que afila el cuchillo con el que acostumbra a descuartizar adolescentes; el líder de una secta que busca carne fresca para sacrificar en rituales satánicos; un violador compulsivo (muy compulsivo)...

O un tímido patológico, de esos que no abren la boca cuando llega el momento del encuentro presencial.

Todas esas posibilidades casi le parecen mejores que una última que ni se atreve a contemplar: ¿y si aparece su ex? Aparte de Berta, Lara no le ha contado a nadie el plan de esa noche, pero Jordi es capaz de

haberse enterado. Sobre todo porque algunos de los tuits que ha publicado ella durante los últimos días permiten intuir su conexión con Wilde. Se arrepiente de haber sido tan poco prudente.

Sí, Jordi ha podido enterarse. Apenas hace tres meses que han cortado y él lo lleva tan mal que ha amenazado con suicidarse si Lara comienza a salir con otro. ¿Un farol? No hay forma de saberlo. Por si acaso, ella ha denunciado a la policía el acoso al que la está sometiendo. Sin embargo, al no haber peligro directo para Lara, lo único que ha conseguido es que quede registrado su aviso. Tampoco hay mucho más que pueda hacerse; una orden de alejamiento quizá proteja a la víctima del acoso, pero no impide a un suicida acabar con su propia vida.

Lara se siente cansada. Quiere superar esa ruptura, alejarse para siempre de Jordi. Por eso se agarra con tanta fuerza a la salvación que supone la aparición de alguien como Wilde.

No se arrepiente de haber terminado con su ex; al contrario: esa relación es historia y no está dispuesta a someterse a su chantaje de perdedor. Precisamente para demostrarse a sí misma su legítima libertad está ahora allí, acudiendo a una cita con otro chico. Dispuesta a empezar de nuevo. A pasar página.

«No», procura calmarse. «Es imposible que Jordi aparezca. No conoce el lugar ni la hora a la que hemos quedado, ni siquiera vive cerca de Sants». Aunque los otros candidatos imaginados para esa cita a ciegas no son tan improbables...

Su amiga Berta sí sería capaz de enfrentarse a todas esas amenazas, incluido Jordi. Es fuerte, imperiosa,

incluso agresiva cuando la situación lo requiere. Ojalá estuviera con ella.

Lara, harta de su incertidumbre, está a punto de echar a correr. Le tienta confundirse entre todas esas figuras que atisba a través del cristal desde su posición, siluetas con pinta de pasajeros de AVE que se pierden con su equipaje rumbo al vestíbulo de la estación. Intenta resistir ese impulso, se fuerza a recuperar la tranquilidad. «No seas ridícula», se dice. «No huyas. Ninguno de esos perfiles peligrosos con los que acabas de fantasear habría quedado aquí».

O eso quiere creer.

Dos minutos. Dentro de unos segundos ni siquiera dispondrá ya de la posibilidad de eludir el encuentro. O se levanta y desaparece o...

Lara no se mueve. Imposible. A pesar del riesgo, no escapará sin escuchar por fin la voz de Wilde, sin enfrentarse a su mirada eterna.

«Mirada eterna».

Lara se ha vuelto a dejar llevar por una ensoñación romántica. ¿Cómo ha podido elegir ese adjetivo en medio de un entorno tan cutre?

Solo las hamburguesas son eternas en un McDonald's gracias a su composición química, que es mejor ignorar.

La cuenta atrás continúa y el flujo de personas que va y viene en las inmediaciones de su mesa sigue creciendo.

Wilde podría ser cualquiera.

Lara lo imagina entrando en la estación con paso firme, entre sus manos el libro que han pactado que debe llevar para delatarse: *Carta de una desconocida*, una de sus historias favoritas.

Un minuto.

Wilde tiene que estar a punto de aparecer.

«Vete ahora, que todavía estás a tiempo», le susurra una voz en su conciencia, que se va apagando conforme gana nitidez su imagen idealizada del chico.

Pero Lara ha dejado atrás el punto sin retorno. Para ella, en ese instante, la peor amenaza es que él no acuda a la cita.

Esperará.

Necesita conocer, por fin, a su enigmático compañero de las madrugadas.

## Capítulo uno

*McDonald's de Sants. 30 de junio, 20:31 h*

Wilde ha ocultado el ejemplar de *Carta de una desconocida* hasta llegar junto a su mesa, por lo que Lara apenas le ha prestado atención mientras surgía por la puerta y avanzaba en su dirección; ella está demasiado pendiente de su rastreo de sospechosos como para fijarse en una figura que en apariencia no cumple el requisito. Solo cuando se encuentra frente a su objetivo, a una distancia de un metro, Wilde aprovecha un cruce de miradas, esboza una sonrisa blanquísima y muestra el libro.

—Hola.

Lara titubea al principio, con los ojos clavados en el volumen que él sostiene como una credencial. Tarda en reaccionar. Después de tantos preparativos, de tantos ensayos mentales para ese momento, el chico la ha pillado desprevenida. Odia provocar una mala primera impresión, pero ya es tarde para intentar arreglarlo. Confía en mejorar su imagen durante la cena.

—¿Wilde? —pregunta cuando logra articular palabra, arrepintiéndose de inmediato de una comprobación tan estúpida como el gesto que todavía exhibe su cara.



Sin embargo, él no se ríe. Simplemente asiente y señala la silla vacía.

—¿Puedo sentarme o te has llevado tal decepción que prefieres que me vaya?

Tiene un marcado acento catalán.

—¡No, no! Perdona, ha sido la sorpresa..., yo...

Ni siquiera se han dado un par de besos como saludo. Vaya desastre de comienzo.

A Lara le llega ahora, procedente de él, un agradable olor a recién duchado que se mezcla con el aroma familiar de una colonia que no termina de identificar. Aprovecha los segundos que tarda Wilde en acomodarse para estudiar sus facciones: no es especialmente guapo, pero sí atractivo. Tiene algo. Medirá alrededor de uno ochenta y está bastante delgado. De piel muy pálida, sus ojos grandes, negríssimos, parecen diseñados para estudiarlo todo hasta el mínimo detalle. Es moreno y lleva el cabello muy corto, lo que contrasta con sus cejas pobladas. En sus mejillas avanza la sombra de una barba que aún no le crece con la suficiente densidad como para quedar bien. Su amiga Berta lo calificaría de «intento fallido de barba». Lara prosigue su examen: los labios finos del chico y su nariz sorprendentemente afilada dan a su expresión un aire enérgico que él procura suavizar con la que, sin duda, es su mejor arma: la sonrisa.

Un arma que maneja bien.

Lara aún tiene tiempo de bajar la mirada para concluir su discreta inspección: aunque la mesa tapa parte de la figura del chico, sus hombros estrechos permiten intuir una complexión poco atlética. Viste camisa de

cuadros, vaqueros —los ha llegado a ver antes de que se sentara— y calza unas zapatillas negras.

El conjunto, aunque no espectacular, la motiva. Lara decide que Wilde ha superado la primera prueba. No obstante, piensa ser mucho más rigurosa con respecto a lo demás. A fin de cuentas, es él quien le ha hecho alimentar unas expectativas altas después de tantas confidencias nocturnas. Habrá que comprobar si está a la altura en el cara a cara... y si ella también responde a lo que busca Wilde. La noche acaba de empezar.

—Por fin nos conocemos —dice él, mirándola a los ojos.

Habla con aplomo. No da la impresión de estar nervioso.

—Por fin *nos vemos* —corrige Lara—. Porque sigo sin saber nada de ti. Ni siquiera tu nombre real.

Wilde suelta una risita.

—Tienes razón. En este juego has arriesgado más que yo. Gracias.

A Lara le gusta su voz, de una gravedad suave. De esas que envuelven como si fueran abrazos. Ese chico serviría para locutor de radio. Ella no puede evitar preguntarse cómo sonará un «te quiero» de una voz así, pensamiento que intenta quitarse de la cabeza. ¿Por qué será tan sentimental?

—Se nota que tú pusiste las reglas —le recuerda.

—Fue mía la iniciativa, ¿no?

—Es fácil dar el primer paso en plan anónimo.

Wilde se ha erguido en el asiento. No esperaba reproches en el primer contacto real.

—Si no te parece bien, ¿por qué aceptaste?

—Por curiosidad, pero no te equivoques: si buscas una chica sumisa, ya te puedes ir marchando y nos ahorraremos tiempo los dos.

Lara prefiere parecer borde al principio, así camufla su nerviosismo. Tampoco está dispuesta a dejarse arrastrar por una simple atracción física. Lo que la ha llevado hasta allí, a llegar tan lejos en ese juego, tiene que ser algo más ambicioso. Y más equilibrado entre los dos.

—Nunca me has parecido una chica sumisa ni es eso lo que me interesa —dice Wilde—. Te lo prometo.

—Me alegra saberlo. Perdona, así no habrá malentendidos.

—Estoy de acuerdo. ¿Entonces?

—Pues, no sé, a lo mejor me corresponde a mí marcar el ritmo.

Él la mira con cautela. No contaba con perder el control tan pronto.

—O sea...

—Ha llegado el momento de que seas tú quien dé más pasos. Es tu turno.

Le toca a él exponerse, como ha empezado a hacerlo apareciendo allí, mostrándose por primera vez. Aunque Lara no se va a conformar con eso.

—Me parece justo —Wilde se levanta, se inclina hacia ella y, esta vez sí, le da dos besos en las mejillas—. Me llamo Gerard. Encantado.

—Ya sabía que eras catalán —Lara sonrío, aunque los besos aún la han puesto más tensa—. Tus tuits.

—Pero muchos los escribo en castellano.

—El cincuenta por ciento, más o menos.

—¿Lo has calculado?

Lara se encoge de hombros.

—La única información que podía conseguir de ti era esa, así que he repasado lo que has publicado en Twitter desde que abriste tu perfil. No eres demasiado activo; a lo mejor por eso tienes pocos seguidores.

—Tener algo que decir y saber hacerlo en doscientos ochenta caracteres no es fácil.

—Para ti no, desde luego. Después de nuestras conversaciones me queda claro que tú necesitas mil palabras solo para saludar. Es algo que me encanta de ti —añade, para evitar confusiones.

—Solo me enrolló si la otra persona me interesa.

Mirada intensa, voz profunda que acaricia. Lara reconoce que Gerard tiene un modo muy eficaz de soltar cumplidos, aunque ella no está dispuesta a ponérselo tan fácil.

— Y entonces, ¿cómo debo llamarte? ¿Gerard o Wilde?

Lara está haciendo un auténtico esfuerzo por mantenerse fría, casi calculadora. No encaja con su forma de ser, mucho más apasionada y soñadora, pero se ha prometido a sí misma —y porque la ha obligado Berta— que sería prudente.

—Mejor Wilde —responde él—. Así nos conocimos, ¿no? Mantengamos el misterio.

Saca su móvil del bolsillo, un iPhone 7, le quita el sonido y lo aparta a un lado, toda una declaración de intenciones.

—Vale —Lara asiente al tiempo que también coloca su teléfono sin sonido sobre la mesa. Medirá el verda-

dero interés del chico en función de la frecuencia con que él eche ojeadas a la pantalla del suyo—. ¿Eres de Barcelona? Nunca me has respondido a eso. Ya sabes que yo vivo aquí, pero soy de Zaragoza.

Wilde siempre se ha mostrado muy cauteloso con sus datos personales.

—No, soy de Tarragona. De la zona de Valls —completa, de pronto.

A Lara le sorprende esa disposición a facilitar más datos, acostumbrada al hermetismo que él ha venido ofreciendo en las conversaciones que se apartan de sus aficiones, gustos o sueños. Será que ha entendido su queja. Lo agradece, pero no olvida que por el momento debe ceñirse a esa primera fase de prueba. Recupera su tono de interrogatorio:

—No se te ve nada nervioso. ¿Sueles quedar con muchas chicas en este plan?

Wilde abre mucho los ojos.

—¡Es la primera vez que hago algo así!

Parece ofendido. Lara vuelve a contener sus ganas de abandonar la actitud distante, de disculparse por ese recibimiento. A cada minuto que pasa los sentimientos que nacieron a través de la red van ocupando más espacio en su interior. Sí, podría enamorarse de ese chico. El encuentro presencial solo está confirmando lo que ya ha empezado a sentir por él..., aunque lo había imaginado con un físico distinto.

Poco le ha costado aceptar la realidad, en cualquier caso.

—Es que te veo tan seguro, tan tranquilo...

Wilde suspira.

—Simple *postureo*, Lara. ¿No te das cuenta? Me estoy esforzando para impresionarte, eso es todo. Ya me conoces, con todo lo que hemos hablado...

—No, no te conozco.

Lara sigue sin darle tregua.

—Pues quiero que lo sepas: por dentro estoy... asustado.

—¿Asustado? —ahora es ella la sorprendida—. ¿De mí?

Wilde se humedece los labios, titubea y, por primera vez, Lara vislumbra en su semblante a un chico que mide cada palabra, que no pisa tan firme como aparenta.

—Tengo miedo de cagarla —admite—, de que te vayas y no vuelva a verte ni a hablar contigo.

Lara toma aire.

—Yo siento lo mismo, Gerard.

Le ha llamado Gerard. Un fallo.

Los dos se quedan en silencio. No resulta fácil sincerarse ni mantener una charla en esas circunstancias, cuando ya se han dicho tantas cosas desde el refugio seguro de sus habitaciones. Hacerlo frente a frente supone un desafío.

—Las conversaciones presenciales —dice Lara—. Todo improvisación.

—Y sin jugar en casa —Wilde señala las mesas a su alrededor—. Tampoco contamos con ese tiempo para pensar que te da tener que pulsar las teclas del móvil. Aunque no lo estamos haciendo tan mal, ¿no?

—Creo que tú mejor que yo.

—Para nada.

Lara descarta con un gesto ese comentario.

—No hace falta que mientas, sé cuáles son mis puntos débiles.

Se pregunta si ha sonado demasiado borde. Esta vez no era su intención.

—Siempre podemos comunicarnos por WhatsApp... —Wilde no parece molesto, mantiene su sonrisa—. No seríamos los primeros que se «mensajean» desde la misma mesa.

—Me veo muy capaz de hacer eso, así que no insistas —Lara le da un golpe cariñoso en un brazo, lo que constituye un primer acercamiento que él capta—. Si hemos tenido el valor de quedar, seguro que sobrevivimos a una charla real.

—Estoy de acuerdo.

Vuelven a quedarse callados.

—No contaba con empezar tan fuerte —Wilde prueba ahora con la estrategia de la franqueza—. Pero me gusta que no te cortes, que seas directa.

—Es que no lo soy —ella menea la cabeza—. Hoy la noche va de *postureos*, por lo visto.

Los dos ríen. Poco a poco, el ambiente entre ellos se va relajando.

—¿Qué te parece si pedimos algo para ganar tiempo? —sugiere Lara—. Seguro que así se nos ocurren temas de conversación inofensivos.

—¡Gran idea! Yo me encargo —Wilde se levanta—. ¿Qué quieres tomar?

Lara decide que va a dejarse invitar. Considera que se lo ha ganado por su apuesta ciega hacia Wilde. Como bien ha dicho él, es la que más ha arriesgado al acudir a la cita.

—Un McMenú de pollo con patatas fritas y una Coca-Cola.

—¿Tamaño?

—El normal, gracias.

Wilde se aleja rumbo a la fila de las cajas. Lara opta entonces por dejar a un lado su tendencia al romanticismo y aprovecha para completar el análisis físico del chico: los pantalones le sientan bien, son muy ajustados y le marcan buenas piernas.

—Bonito culo —añade en un susurro—. Berta estaría orgullosa de mí.

Sí, Wilde no está mal. No está nada mal.

Lara consulta la hora en su teléfono. Su amiga esperará pendiente del suyo por si tiene que acudir al rescate.

—No hará falta —murmura, mientras pulsa el número de Berta—. De momento, la cita continúa.

Cuelga tras escuchar el sonido de su llamada al otro lado de la línea. Eso liberará a su amiga, que ha quedado más tarde para acudir a una conocida discoteca. «A ver si lo pasas tan bien como lo estoy pasando yo, Berta», piensa. A continuación, fija la vista en la entrada. No logra ignorar la amenaza de Jordi. ¿Y si, a pesar de todo, se ha enterado del encuentro y aparece por allí? A lo mejor lleva semanas controlándola..., incluso ha podido seguirla.

Absorta, no se entera de la llegada de Wilde con la bandeja de la comida.

—¿Lara?

Ella se gira al escuchar esa voz que tanto la impresionó.



—Perdona, estaba distraída.

Wilde toma asiento y reparte el contenido de la bandeja entre los dos.

—Llevas pendiente de la entrada desde que he llegado. ¿Qué pasa?

Así que lo ha notado. A Lara le encantaría disimular mejor.

—¿Recuerdas que hace varias noches te hablé de mi ex?

—Sí, ese tal Jordi. Diecinueve años, alto, trabaja en un taller. ¿Te está incordiando? —el tono de Wilde se vuelve duro—. Como aparezca por aquí para molestarte...

—Tranquilo, supongo que soy un poco paranoica. Hasta ahora no ha llegado tan lejos.

Aunque ella tampoco había llegado tan lejos con un chico desde que cortaron, piensa con angustia.

—¿Entonces?

—Me sigue llamando y mandando mensajes, nada más. Lo que pasa —no debe seguir ocultándole algo así— es que me dijo hace poco que si salgo con otro... se matará. Ha sido su última estrategia: el chantaje emocional. No quise contártelo cuando lo hablamos. No me atreví.

Wilde, que se disponía a beber, ha detenido su movimiento. Deja el vaso sobre la mesa.

—Pero no iría en serio...

Lara piensa unos segundos su respuesta.

—Es muy capaz de hacerlo.

Podría haberlo hecho ya, en realidad. Lara se lo calla, pero hace dos días que ha dejado de recibir men-

sajes de su ex. ¿Casualidad? ¿Y si la ha estado espiando en la red y se ha enterado de sus conversaciones con Wilde o hasta de su cita? Incluso ha podido interpretar algunos de sus últimos tuits, en los que ella insinuaba novedades en su vida. Lara no sabe si sentir alivio ante la falta de noticias de Jordi o inquietarse por ello.

—Lo que haga ese tío no es responsabilidad tuya, Lara.

—Pero imagina que...

Wilde adivina sus pensamientos:

—No sería por tu culpa —insiste—. Eso es lo que quiere que creas, simplemente. No lo permitas, su vida ya no tiene nada que ver contigo.

Lara entiende ese argumento. Se lo ha repetido muchas veces durante los últimos días, pero la ruptura es demasiado reciente. Jordi todavía está muy presente en su cabeza y no soportaría pensar que ha provocado de algún modo su muerte.

—Eso es justo lo que quiere que sientas —Wilde lee en sus ojos con precisión—. No le sigas el juego.